



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



043-05

LA INMORTALIDAD DEL ALMA

Jacques Maritain

Conferencia en el Brooklyn Institute de Nueva York, 1943. Este ensayo es una réplica y complemento de otro, *La inmortalidad del yo*, que forma el capítulo IV de la obra 'De Bergson a Santo Tomás de Aquino.

“La inmortalidad del alma es una cosa que nos importa tanto, y nos toca tan profundamente, que es preciso haber perdido todo sentimiento para permanecer indiferente ante ella.”

PASCAL.

1. LA VISIÓN DE TEODORO FECHNER

Antes de redactar estas páginas he vuelto a leer el librito en que Gustavo Teodoro Fechner, el fundador de la psicofísica, dio a conocer sus pensamientos sobre la *Vida después de la muerte*. Este libro fue publicado en 1836; en 1904 apareció una edición americana con una introducción de William James, y recientemente ha sido reimpresa con una introducción de John Erskine.

En el libro de Fechner no se encuentra demostración alguna propiamente dicha, sino más bien una vasta visión del mundo, en la que los conceptos científicos son sometidos a una extrapolación filosófica. A mi entender esta concepción queda estropeada por una especie de metafísica idealista y panpsiquista; no obstante, las vistas expuestas sobre la inmortalidad por un pensador que tanto ha influido en el desarrollo de la psicología moderna son particularmente estimulantes, y no podemos considerar sin emoción este esfuerzo filosófico y este personal testimonio que son prueba de la natural creencia del hombre en la inmortalidad, y están penetradas de elementos cristianos trasladados a una estructura de pensamiento secular o laico.

Yo no creo que Erskine tenga razón cuando sostiene que jamás *“ha hecho Fechner de la inmortalidad un problema moral”*. Fechner admite más bien una especie de ley del karma; según él la vida después de la muerte es impedida o exaltada, desgraciada, al menos por un tiempo, o feliz, según que nuestras acciones hayan sido malas o buenas [1]. Mas, según el pensamiento de Fechner, el hombre, en su tercera vida (que sucede a la muerte, como su segunda vida – en su propio cuerpo – sucede al nacimiento, que es una muerte respecto de la vida uterina), el hombre, en su vida después de la muerte, sobrevive *en* los otros hombres, en virtud de las ondas espirituales que ha producido en la humanidad, y adquiere un nuevo organismo en el conjunto del universo: lo que supone una idea extraña y precaria del yo, y la hipótesis de que el hombre no es sino una habitación en la que otros espíritus se unen y entrecruzan. Debo decir aquí que Fechner, si bien admite la realidad del libre albedrío, de la autodeterminación, de la conciencia y de la razón, conténtase con una bien pobre noción del alma y aun de Dios.

Los escolásticos, en cambio, exigían pruebas racionales verdaderamente demostrativas. En la época en que la edad media comenzó a decaer, comenzaron a mostrarse escépticos en lo que atañe a las pruebas filosóficas de la inmortalidad del alma, y consideraron la inmortalidad como cosa de fe,

1 “Según que el hombre haya sido bueno a malo, que se haya portado con nobleza o bajamente, que haya sido activo o perezoso, se encontrará con un organismo sano o enfermo, hermoso o repugnante, fuerte o débil, en el mundo futuro; y su libre actividad en esta vida determinará sus relaciones con las otras almas, su destino, su capacidad y sus talentos respecto de un ulterior progreso en el otro mundo.” (FECHNER, *Life after Death*, Nueva York, Pantheon Books, 1943, pp. 33-34.)

inaccesible a las fuerzas naturales de la razón, precisamente porque buscaban una prueba rigurosamente demostrativa, y se habían hecho incapaces de entender tal prueba. Mas en los tiempos de oro de la escolástica, en tiempo de Santo Tomás de Aquino, fueron capaces de elaborar sobre esta materia, de comprender y de legarnos un articulado conjunto de certezas metafísicas verdaderamente demostrativas y racionalmente convincentes. La teoría de Fechner, en comparación con sus exigencias lógicas y científicamente filosóficas, habría parecido a los grandes escolásticos como un conjunto de armoniosas vistas metafóricas, una especie de mito platónico.

II. LA INMORTALIDAD “SUBJETIVA”

No obstante, yo estoy bien lejos de tener en menos esa especie de sobrevivencia que consiste en vivir en el espíritu y en el corazón de los hombres, que Augusto Comte llamaba la inmortalidad “subjetiva” y de la que Fechner habla de una manera mucho más profunda, aun cuando le mezcle y trate de sobre-imponerle una teoría de la inmortalidad auténtica u “objetiva”. Perdurar en el espíritu de los hombres y en el movimiento de la historia humana es algo muy importante, y a todos nos interesa como por una aspiración profundamente arraigada y más o menos oscura.

Surge aquí un gran problema, al que falta mucho para ser resuelto: el problema de la inter-solidaridad universal. Todos vivimos en la persuasión de que existe una misteriosa unidad del mundo, de que el conjunto del género humano sufre por las iniquidades de cada individuo, y de que cada uno es ayudado por la generosidad y el amor que todos despliegan en su vida individual. De un modo o de otro este sentimiento debe tener algo de verdad.

Mas esto no quiere decir que exista un alma del mundo en el sentido estoico o spinozista. Vivimos en el tiempo, y cada hombre es una unidad espiritual encerrada en el mundo de la materia y del cambio; y de consiguiente las victorias o derrotas interiores de estas unidades espirituales pueden ejercer alguna influencia, y esta influencia puede seguir adelante en la historia humana y perdurar en ella por alguna expresión exterior en el mundo, por alguna acción

realizada hacia afuera. Pues de lo contrario, ¿cómo explicar que cada uno de nosotros desee tan ardientemente expresar o manifestar aquello que llena su espíritu o su corazón, y ser escuchado por otros espíritus? “*Un Goethe, un Schiller, un Napoleón continúan viviendo en medio de nosotros*”, dice Fechner, Y esto es seguro; pero es porque hicieron resonar muy alto sus pensamientos y sus actos a través del mundo.

Es una gran verdad que la energía del espíritu es tan grande, y su acción sobre las energías materiales de la vida tan poderosa, que todo lo penetra y echa mano de todos los modos posibles de comunicación, penetrando así en la historia humana a través de secretos e invisibles canales.

Así es como el sentimiento de que hace poco hablaba, el sentimiento de la permanencia duradera, inmaterial y oculta de nuestras acciones y de nuestros pensamientos, mucho después de la muerte del individuo, en la misteriosa trama del mundo, corresponde a la realidad. Pero tal sobrevivencia es bien precaria, y está muy lejos de tener la amplitud de lo que se encierra en nosotros mismos.

Si se trata de hombres cuya vida está inmersa en el tiempo, sus acciones nacen y mueren en el tiempo; mas por ser hombres, sus acciones encierran y expresan siempre algo del espíritu que en ellos tiene morada; esta espiritual carga dinámica puede ser recibida por otros espíritus; y de esta manera, una parte, una muy pequeña parte, de sus esfuerzos y de sus pruebas espirituales, puede sobrevivir, por modos más o menos frágiles, sobre todo en la memoria de sus descendientes. Si se trata de hombres cuya vida es principalmente espiritual y por sobre el tiempo, sus acciones son capaces de vencer al tiempo, y pueden tener la pretensión de sobrevivirse en las futuras generaciones; mas siempre a condición de que ciertos modos de comunicación, por humildes, pobres y humanamente débiles que sean, se pongan a su servicio. Y aun eso sucede de una manera terriblemente vulnerable, y con frecuencia terriblemente decepcionante. Y en todos los casos una parte inmensa de los dolores y de los tormentos, de la llama espiritual, del amor y heroísmo de la vida interior de los hombres queda irremediabilmente perdida, al menos en lo que concierne a su influencia. en el mundo y a sobrevivirse en el tiempo y en la historia.

Cuando millares de seres humanos son torturados y asaltados por la desesperación en los campos de concentración, y mueren sin que sus gritos sean percibidos por algún oído humano o alguna estrella del cielo, no hay duda que algunas débiles ondas de su agonía pasan a través las rendijas de los muros y vienen a estimular o a turbar los sueños del mundo. No obstante, la mayor parte de sus sufrimientos individuales, de sus actos heroicos o de sus desesperadas muertes caerá simplemente en el abismo del olvido, sin ejercer sobre la historia humana una influencia en forma alguna comparable a lo que han sufrido o realizado. Y sólo a través de la justicia de Dios, como supremo gobernador del universo, podrán esperar que su sacrificio será útil a sus hermanos o a la causa humana por la que se han sacrificado.

Quiero decir que sería terriblemente decepcionante buscar en el tiempo y en la historia, y en la fructificación de nuestros actos aquí abajo, y querer encontrar en la inmortalidad subjetiva el adecuado cumplimiento de la irrefrenable aspiración a la sobre-vivencia que reside en lo más profundo de nuestro ser.

Es cierto que la muerte no es sino un segundo nacimiento, y que nuestra vida sobre la tierra es una especie de vida uterina, en el oscuro seno del dolor, de los sueños y de las efímeras imágenes de un mundo lleno de enigmas. “La vida es cambiada, no quitada.” Por esta razón, en la liturgia de la Iglesia, la fiesta de los santos celébrase el día de su muerte, es decir el día de sus reales y definitivos nacimientos. Y esto es así únicamente porque el alma del hombre es una sustancia individual, que existe por y en sí misma, como una unidad perfectamente definida, y está destinada a la inmortalidad objetiva, a una auténtica inmortalidad personal, no en el tiempo y en la historia, sino en la eternidad.

III. LA INMORTALIDAD PERSONAL

1. Existencia del alma

Quisiera tratar aquí de esta inmortalidad y de los argumentos en que los escolásticos fundamentan su racional certeza.

Naturalmente debemos saber que tenemos un alma antes de discutir si es inmortal. ¿Cómo procede Santo Tomás en esta materia?

Observa en primer lugar que existe en el hombre una actividad, la actividad de la inteligencia, que es en sí misma inmaterial. La actividad del entendimiento es inmaterial, porque el objeto proporcionado o “connatural” de la inteligencia humana no es, como el objeto de los sentidos, una categoría particular y limitada de cosas, o de cualidades de las cosas; el objeto proporcionado o “connatural” de la inteligencia humana es la naturaleza de las cosas sensibles cualesquiera que sean, sin limitación de género o categoría, la naturaleza de *todas* las cosas que perciben los sentidos: no es solamente, como para la vista, el color o la cosa colorada (es decir, que absorbe y refleja tales rayos de luz), o, como para el oído, el sonido o la fuente sonora, sino que su objeto es todo el universo y toda la realidad perceptible por los sentidos y cognoscible por la inteligencia, porque no se detiene ésta en las cualidades, sino que pasa más adelante hasta contemplar la esencia. Y este hecho es una prueba de la espiritualidad o completa inmaterialidad de nuestro entendimiento. Porque toda actividad en la que la materia desempeña un papel intrínseco está limitada a una determinada categoría de objetos materiales, como sucede con los sentidos, que no perciben sino las propiedades capaces de obrar sobre el órgano físico de un modo adaptado a éste.

Indudablemente que en el conocimiento sensible existe ya cierta inmaterialidad; el conocimiento, como tal, es una actividad inmaterial, porque cuando yo estoy en acto de conocer, paso a ser o soy realmente la cosa que conozco, algo distinta de mí y en tanto precisamente que es distinta de mí. ¿Y cómo es posible que yo venga a ser algo distinto de mí, si no es de una manera supra-subjetiva o inmaterial? El conocimiento sensorial es un pobrísimo

modo de conocimiento. En cuanto es conocimiento, es inmaterial. Pero es una actividad inmaterial intrínsecamente condicionada por el funcionamiento material del órgano e intrínsecamente dependiente de él. El conocimiento sensorial es la terminación inmaterial, la actuación o florecimiento inmaterial de un órgano corporal vivo, y su mismo objeto es también algo entre material e inmaterial, es decir una cualidad física, inmaterialmente presente – como la idea del pintor está presente en su pincel – en el medio a través del cual obra sobre el órgano del sentido.

Mas, con el conocimiento propio del entendimiento hallámonos frente a una actividad completamente inmaterial en sí misma. La inteligencia humana es capaz de conocer todo lo que participa del ser y de la verdad; el universo entero tiene cabida en ella; lo cual significa que el objeto por ella conocido ha sido despojado de antemano, para ser conocido, de toda condición existencial de materialidad. Esta rosa que contemplo tiene sus límites; mas el ser que pienso es más vasto que el espacio. El objeto de la inteligencia es un universal – por ejemplo, este objeto universal o desindividualizado contenido en la idea de hombre, de animal, de átomo –; el objeto de la inteligencia es un universal que sigue siendo universal a la vez que está identificado a una infinitud de individuos. Y esto no es posible sino porque las cosas, para llegar a ser objetos del espíritu, han sido separadas de su existencia material. Además, la operación de nuestro entendimiento no se detiene en el conocimiento de la naturaleza de las cosas que pueden percibir los sentidos, sino que va más adelante: conoce por analogía las naturalezas espirituales, extiéndese a los dominios de los puros posibles y su campo tiene extensión infinita.

Así los objetos conocidos por la inteligencia humana, tomados no como cosas que existen en sí mismas, sino precisamente como objetos que actúan la inteligencia y están unidos a ella, son puramente inmatrimales.

Continuemos adelante: tal es la condición del objeto, y tal la condición del acto que a él se dirige y es determinado y especificado por él. El objeto de la inteligencia humana es, como tal, puramente inmaterial; el acto de la humana inteligencia es asimismo puramente inmaterial.

Y demos un paso más. Pues el acto de la facultad intelectual es puramente inmaterial, esta facultad lo será también. El entendimiento es en el hombre una facultad espiritual. Depende, sin duda, del cuerpo, de las condiciones del cerebro. Su actividad puede ser trastornada e impedida por un desorden físico, un acceso de ira, una bebida, o un narcótico. Mas esta dependencia no pasa de ser una dependencia *extrínseca*. Proviene del hecho de que nuestra inteligencia no puede obrar sin ir acompañada de la actividad de la memoria y de la imaginación, de los sentidos internos y externos, que son todas facultades orgánicas y residen en un órgano material, en tal parte determinada del cuerpo. En cuanto a la inteligencia misma, no depende intrínsecamente del cuerpo, ya que su actividad es inmaterial; el entendimiento humano no reside en ninguna parte especial del cuerpo. La inteligencia no está contenida por el cuerpo, sino que más bien es ella la que contiene al cuerpo. Sírvese del cerebro, pues los órganos de los sentidos están en el cerebro; no obstante, el cerebro no es un órgano de la inteligencia, y no existe ninguna parte del organismo cuyo acto sea una operación intelectual. La inteligencia no tiene órgano.

En fin, puesto que la facultad intelectual es espiritual, o puramente inmaterial en sí misma, su primera raíz sustancial, el principio subsistente del cual procede esta facultad, y que obra mediante ella como instrumento, es asimismo espiritual.

Esto por lo que se refiere a la espiritualidad del entendimiento. El pensamiento o la operación del entendimiento es un acto o emanación de la esencia misma del hombre; y cuando yo pienso, no es sólo mi inteligencia, soy yo, es mi mismo “yo” el que piensa. Y mi mismo “yo” es un “yo” corpóreo, que incluye a la materia, y no es un sujeto espiritual o puramente inmaterial. El cuerpo es una parte esencial del hombre. La inteligencia no es todo el hombre.

Por esta razón la inteligencia, o más bien la raíz sustancial de la inteligencia, que debe ser tan inmaterial como la inteligencia, no es sino una parte, pero una parte esencial de la sustancia del hombre.

Mas el hombre no es un agregado, una yuxtaposición de dos sustancias; el hombre es un todo natural, un ser uno, una única sustancia.

En consecuencia debemos concluir que la esencia o sustancia del hombre es una esencia o sustancia una, pero compuesta, cuyos componentes son a la vez el cuerpo y la inteligencia espiritual o más bien la materia de que está hecho el cuerpo, y el principio espiritual en que radica la inteligencia. La materia – en el sentido aristotélico de materia primera, es decir, de la potencialidad radical que es el material común de todas las sustancias corpóreas –, la materia, unida sustancialmente al principio espiritual de la inteligencia, está ontológicamente modelada, informada interiormente y en las profundidades más íntimas del ser, por este principio espiritual, como por un influjo sustancial y vital, para constituir un cuerpo que es nuestro cuerpo, el instrumento viviente de la inteligencia. En este sentido, dice Santo Tomás siguiendo a Aristóteles, que la inteligencia es la forma sustancial del cuerpo humano.

Esta es la noción escolástica del alma humana. El alma humana, que es el principio radical de la facultad intelectual, es el primer principio de vida del cuerpo humano, y la forma sustancial, la *entelequia* de este cuerpo. Y el alma humana no es solamente una forma sustancial y una entelequia, como las almas de las plantas y de los animales, según la filosofía biológica de Aristóteles; el alma humana es también un espíritu, una sustancia espiritual capaz de existir aparte de la materia, pues el alma humana es el principio radical de una potencia espiritual, cuyo acto es intrínsecamente independiente de la materia. El alma humana es a la vez un alma y un espíritu; y su propia sustancialidad, su subsistencia y su existencia son comunicadas a toda la sustancia humana, para hacerla lo que es, y para hacerla subsistente y existente. Cada elemento del cuerpo humano es humano, y existe como tal, en virtud de la inmaterial existencia del alma humana. Nuestro cuerpo, nuestras manos, nuestros ojos existen en virtud de la existencia de nuestra alma.

El alma inmaterial es la primera raíz sustancial, no sólo de la inteligencia, sino de todo lo que en nosotros es actividad espiritual; y es asimismo la primera raíz sustancial de todas nuestras actividades vitales. Sería inconcebible que un alma que no fuera un espíritu y que no pudiera existir sin informar a una materia, pudiera poseer una potencia o facultad – es decir, obrar por una instrumentalidad –, de esencia inmaterial, intrínsecamente independiente de todo órgano corporal y de toda estructura física. Pero seguramente es perfectamente concebible que un alma que es un espíritu pueda tener, además de las facultades inmatrimales y espirituales, otras potencias y actividades orgánicas y materiales.

2. Espiritualidad del alma humana

Así el camino por el que los escolásticos probaban la existencia del alma humana, era igualmente fundamento de su espiritualidad. Así como la inteligencia es espiritual, es decir intrínsecamente independiente de la materia en sus operaciones y en su naturaleza, del mismo modo y por idéntica razón, el alma humana, raíz sustancial de la inteligencia, es espiritual, es decir intrínsecamente independiente de la materia en su naturaleza y en su existencia; no es ella la que vive por el cuerpo, sino que el cuerpo vive por ella. El alma humana es una sustancia espiritual en acción que, por su unión sustancial con la materia, da existencia y figura al cuerpo.

Y éste es mi segundo punto. Los escolásticos lo demostraban, según acabamos de verlo, mediante un análisis metafísico de la operación de la inteligencia, cuidadosamente distinguida de la operación de los sentidos. Y traían no pocas pruebas en su confirmación. Por ejemplo, al examinar la inteligencia, hacían notar que es capaz de *reflexión perfecta*, es decir que es capaz de volver enteramente sobre sí misma, no como un papel cuya mitad se repliega sobre la otra, sino de modo completo, de tal forma que es capaz de apoderarse de su operación entera penetrándola mediante el conocimiento; y que es capaz de contenerse a sí misma y a su principio, es decir al *Sí* existente, en su propia actividad cognoscente: reflexión perfecta, continencia de por sí por sí misma, cosa que no puede realizar ningún ser material o espacial. Hallámonos aquí en presencia del fenómeno del conocimiento de sí, de la *toma de conciencia* de sí, que es el privilegio del espíritu, como lo subrayaría Hegel, y que tan gran papel desempeña en la historia de la humanidad y en el desarrollo de sus espirituales energías.

De la misma manera es posible demostrar que la voluntad humana, que está enraizada en la inteligencia y que es capaz de determinarse a sí misma, es decir, de dominar el motivo o juicio que la determina y que no llega a ser eficaz sino merced a ella, es espiritual en su operación y en su naturaleza. Todo agente material está sometido al determinismo universal. El libre albedrío es el privilegio, el glorioso y terrible privilegio del ser dotado de facultades inmateriales.

Nosotros somos responsables de nosotros mismos; elegimos por nosotros mismos, en virtud de nuestras propias decisiones, nuestros propios fines y nuestros propios destinos. Somos capaces de un amor, de un deseo y de una alegría muy por encima de los sentidos – alegría, deseo y amor espirituales que naturalmente van mezcladas con nuestras emociones orgánicas y sensibles, pero que son en sí mismas afecciones de la voluntad espiritual, y son despertadas por la luz inmaterial de la intelectual percepción. Deleitámonos en la belleza, suspiramos por la perfección y la justicia, amamos la verdad, amamos a Dios, amamos a todos los hombres; no sólo a los de nuestro grupo social, de nuestra familia, de nuestra raza, de nuestra clase o nación, sino a todos los hombres, porque son seres humanos e hijos de Dios.

Los santos, los hombres que todos llaman los espirituales, tienen experiencia de una contemplación que coloca sus almas en una paz más alta y más fuerte que todo el mundo entero; y atraviesan por pruebas interiores y sufren crucifixiones y muertes que sólo una vida más elevada y fuerte que la existencia biológica es capaz de sufrir y sobrellevar. Y aun nosotros, sabemos que podemos deliberar sobre nosotros mismos, juzgar nuestros actos, acogernos a lo bueno por ser bueno y sin ninguna otra razón; a todos nos consta más o menos claramente que somos personas, que poseemos derechos y tenemos deberes, y que en nosotros se encierra la dignidad humana. Cada uno de nosotros es capaz, en ciertos momentos de su existencia, de descender hasta las más íntimas profundidades de su yo, por alguna entrega o don de sí mismo, o por algún irrecusable juicio de su propia conciencia; y darse cuenta, en tales ocasiones, de ser un universo aparte, inmerso en el gran universo estrellado, mas nunca dominado por él.

Por toda esta serie de vías convergentes nos es dado comprender y experimentar en cierto modo y de manera concreta la realidad viviente de nuestras raíces espirituales, la realidad viviente del espíritu que está en nosotros, cuya certeza intelectual nos es dada por las pruebas filosóficas, aunque según el modo abstracto del saber científico.

3. Inmortalidad del alma humana

El tercer punto deriva inmediatamente del segundo. La inmortalidad del alma humana es un corolario inmediato de su espiritualidad. Un alma que es espiritual en sí misma, intrínsecamente independiente de la materia en su naturaleza y en su existencia, no puede cesar de existir. No puede corromperse por carecer de materia; no puede disgregarse, por no tener partes sustanciales; no puede perder su unidad individual por ser sustancial por sí misma, ni su energía interna, por encerrar en sí todas las fuentes de sus energías. El alma humana no puede morir. Una vez colocada en la existencia, ya no puede desaparecer; existirá necesariamente siempre, poseerá una duración sin fin.

Así la razón filosófica, manejada por un gran metafísico como Tomás de Aquino, es capaz de presentar pruebas demostrativas de la inmortalidad del alma humana. Sin duda que esta demostración implica todo un vasto y articulado conjunto de vistas metafísicas, de nociones y principios – referentes a la esencia y la naturaleza, a la sustancia, al acto, a la potencia, a la materia y la forma, a la operación, etc. – cuya validez hay que suponer de antemano. No es posible juzgar plenamente del rigor de la demostración escolástica si uno no ha penetrado bien la verdad de las nociones metafísicas que encierra, y que por lo demás no son sino un desarrollo científico y racional de las nociones primordiales del sentido común. Si los tiempos modernos se sienten desconcertados ante tal saber metafísico, yo creo que la culpa no es de esa ciencia metafísica, sino de los tiempos modernos y del rebajamiento de la razón del que han dado tantas pruebas.

No es sorprendente, por otro lado, que la demostración filosófica que acabo de resumir sea abstracta y difícil. Las grandes verdades fundamentales que son captadas espontáneamente por el instinto natural del espíritu humano, son siempre las más difíciles de demostrar por la razón filosófica. Respecto de la inmortalidad del alma, la razón filosófica debe emplear un concepto de inmaterialidad muy depurado y elaborado, muy difícil de comprender no sólo por los hombres primitivos, sino por todos aquellos que piensan más con la imaginación que con la inteligencia. ¿No hubo algunos monjes del desierto, en los primeros siglos del cristianismo, que se indignaban cuando alguien les decía

que Dios era un ser inmaterial? Esos monjes creían sin duda en la inmortalidad del alma, pero puédesse dudar que hubieran sido capaces de comprender la fuerza de los argumentos que acabamos de exponer.

Los hombres primitivos no hacían filosofía; mas no por eso dejaban de tener su manera peculiar – instintiva y no conceptual – de creer en la inmortalidad del alma: creencia radicada en una oscura experiencia del yo, y en las naturales aspiraciones de nuestro espíritu a vencer a la muerte. No es necesario examinar aquí el análisis de esta creencia natural, instintiva, no filosófica, en la inmortalidad. Prefiero citar un pasaje de un libro recientemente publicado por un sabio francés, Pierre Lecomte du Noüy. Hablando del hombre prehistórico escribe:

“No solamente el Neanderthaliano – de la primera edad paleolítica – entierra a sus muertos, sino que a veces los pone juntos: testigos la sepultura de niños de la Gruta de los Niños, cerca de Menton. Gracias al respeto que sentían por sus muertos hemos podido llegar a un conocimiento anatómico del hombre de Neanderthal más perfecto que el de ciertas razas recientemente extinguidas o que aun existen, por ejemplo los Tasmanianos. No es cuestión ahí de instinto; estamos ya ante la aurora del pensamiento humano que se manifiesta en una especie de sublevación contra la muerte. Y esta protesta supone el amor de los desaparecidos y la esperanza de que su desaparición no es definitiva. Y vemos que estas ideas, acaso las primeras, van desenvolviéndose progresivamente a medida que se desarrollan los sentimientos artísticos. Los rostros y las cabezas de los muertos son protegidas contra los desprendimientos de tierra mediante piedras planas colocadas en forma de dólmenes. Luego los adornos, las armas, la comida, los colores que sirven para embellecer los cuerpos, encuéntranse en las sepulturas. Es que la idea de lo definitivo se les hacía insoportable. El muerto despertará, tendrá hambre, tendrá que defenderse y sentirá deseos de adornarse” [2].

Continúa el mismo autor haciendo notar que, por el hecho de que las primeras nociones como las del bien y el mal, o de la inmortalidad, nacieron espontáneamente entre los hombres más primitivos, por eso mismo merecerían ser estudiadas y examinadas como nociones dotadas de valor absoluto.

2 L'avenir de l'esprit, París, 1941, p. 188.

Yo creo que estas ideas de M. Lecomte du Noüy son exactas y sugestivas. Es probable *a priori* que las grandes ideas fundamentales, las primeras ideas que se encierran en los mitos del hombre primitivo y se han incorporado al patrimonio común del género humano, son más sanas que ilusorias, y merecen respeto más bien que menosprecio. Al mismo tiempo libres somos de preferir una auténtica demostración filosófica.

4. Condición y destino del alma inmortal

¿Qué nos puede decir la filosofía de las condiciones naturales del alma después de la muerte del cuerpo? Este es mi cuarto y último punto. A decir verdad, bien poco es lo que la filosofía puede responder a este respecto. Resumámoslo.

Todos los poderes orgánicos y sensibles del alma humana están adormecidos en un alma separada, por hallarse en la incapacidad de pasar al ejercicio sin el cuerpo. El alma separada hállase sumergida en muy profundo sueño en lo que respecta al mundo material; los sentidos externos y sus percepciones quedaron anuladas; las imágenes de la memoria y de la imaginación, los movimientos de los instintos y de las pasiones se han reducido a la nada. Mas este sueño no es como el nuestro, oscuro y lleno de ensueños; es un sueño lúcido e inteligente, abierto a las realidades espirituales. Porque ahora la luz procede del interior. La inteligencia y las facultades espirituales están despiertas y activas. Al estar separada del cuerpo, en adelante conócese el alma en sí misma, su sustancia hace hecho transparente a su inteligencia, y está intelectualmente penetrada en sus más íntimas profundidades. El alma conócese a sí misma de manera intuitiva, queda deslumbrada de su hermosura, y conoce las demás cosas en su propia sustancia y en la medida en que ellas se le parecen. Conoce a Dios por la imagen de Dios que es ella misma. Y conforme a su estado de existencia incorpórea recibe de Dios, sol de los espíritus, ciertas ideas e inspiraciones que la iluminan directamente y ayudan a la luz natural de la humana inteligencia, que, según Santo Tomás, es la última en la jerarquía de los espíritus.

Santo Tomás enseña asimismo que todo lo que participa de la inteligencia y del espíritu, y especialmente la memoria intelectual, que forma una unidad con la inteligencia, conserva vivo, en el alma separada, todo el tesoro de conocimientos

que adquirimos en nuestra vida en el cuerpo. La ciencia adquirida aquí abajo, las virtudes intelectuales adquiridas en la tierra subsisten en el alma separada. Mientras que las imágenes de esta memoria que tiene su sede en el cerebro desaparecen, aquello que penetró en la memoria intelectual sigue viviendo. Y de este modo el alma separada conoce siempre, de modo intelectual y espiritual, a aquellos a quienes amó. Y ámalos espiritualmente. Y es capaz de conversar con los otros espíritus, abriéndoles el contenido de sus pensamientos y lo que cae dentro de su libre albedrío.

Así podemos imaginar que en el momento en que abandona al cuerpo, es el alma inmediatamente inmersa en sí misma, como en un abismo resplandeciente, en el que todo lo que antes había sido enterrado en ella, todos sus muertos, salen a plena luz, en la medida en que todas esas cosas habían estado contenidas en la vida espiritual, subconsciente o supraconsciente, de su inteligencia y su voluntad. En ese momento, todo lo que hay de verdad y de bien en el alma conviértese en bendición para ella al contacto de esa luz reveladora que todo lo invade; y todo lo torcido y malo conviértese en tormento.

Yo no creo que la razón natural pueda comprender más en lo referente a la condición natural del alma separada. ¿Qué sería la vida y la felicidad de las almas si su estado después de la muerte fuera un estado puramente natural? Su suprema dicha consistiría en avanzar sin cesar en el natural conocimiento de Dios, al que nunca deberían ver cara a cara. Una felicidad en movimiento, nunca completa; lo que Leibniz llamaba *“un camino entre placeres”*.

Mas si queremos saber más, ¿no será posible ir más lejos de lo que la filosofía nos puede enseñar? La misma filosofía nos remitirá en tal caso a un saber cuyas fuentes están mucho más elevadas. Los cristianos saben que el hombre no vive en estado de naturaleza pura. Saben que fue creado en estado de gracia, y que después del primer pecado cometido en nuestra raza, vive en estado de naturaleza caída y rescatada; y saben además que fue creado para una beatitud sobrenatural. A la cuestión del destino de las almas separadas, los doctores escolásticos respondían no como filósofos, sino como teólogos cuya ciencia se apoya en la revelación.

Existen en el hombre, en cuanto participa de los privilegios metafísicos del espíritu y de la personalidad, aspiraciones que trascienden la humana naturaleza y sus posibilidades, y que pueden, en consecuencia, ser llamadas aspiraciones trasnaturales: el deseo de un estado en que el hombre conocería las cosas totalmente y sin error, gozaría de perfecta comunión con los espíritus, sería libre sin estar sujeto al pecado, habitaría una ciudad de justicia inmarcesible, y conocería intuitivamente a la Causa primera de los seres.

Tal anhelo no puede ser satisfecho por la naturaleza, pero sí por la gracia. El alma inmortal está formando parte e injertada en el gran drama de la redención. Si, en el momento de la separación del cuerpo, en el instante en que la elección del alma queda inmutablemente fijada para siempre, el alma inmortal prefiere su propia voluntad y su propio mal a la voluntad y al don de Dios, si quiere más sufrir miseria con orgullo que ser bendecida por la gracia, concédesele lo que quiere, y no cesará de quererlo y preferirlo y permanecerá siempre fija en su preferencia. Si el alma se abre a la voluntad y al don de Dios, amado como su supremo bien verdadero, entonces dásele lo que ha amado, y entra para siempre en el gozo del Ser increado, y ve a Dios cara a cara, y conócelo como se conoce él, intuitivamente, de esta manera se hace, según lo dice San Juan de la Cruz, Dios por participación; y llega, por gracia, a la comunión con la vida divina y a la beatitud en consideración de la cual fueron creadas todas las cosas. y el grado de su beatitud y de su visión corresponderá al grado de ímpetu interior que la lleva a Dios, es decir, del amor de que fue capaz durante su vida sobre la tierra.

De manera que en último análisis, se ha de concluir con San Juan de la Cruz: seremos juzgados sobre el amor. En su estado de beatitud, el alma inmortal conocerá la creación en el Creador, por aquella especie de conocimiento que llama San Agustín conocimiento matutino, por realizarse en la eterna mañana de las ideas creadoras; el alma inmortal será igual a los ángeles y comulgará libremente con todo el reino de los espíritus; amaré a Dios, contemplado en adelante cara a cara, con soberana necesidad; y ejercerá su libre albedrío en todas las acciones referentes a las criaturas, pero un libre albedrío que no estará ya sujeto a la caída ni al pecado; el alma habitará la ciudad de la justicia inmarcesible, la sociedad de las tres divinas Personas y de los espíritus bienaventurados; se apoderará de la divina esencia misma, la cual infinitamente más clara y más inteligible que ninguna de nuestras ideas, irradiará a la humana inteligencia desde el interior,

siendo ella en el seno del entendimiento la forma iluminadora mediante la cual esa misma esencia será conocida. Según unas palabras de los salmos que con frecuencia citó Santo Tomás: *“En Tu luz veremos la luz.”*

Tal es la enseñanza de Santo Tomás, a la vez como filósofo y como teólogo, acerca de la condición y el destino del alma humana. La inmortalidad no es la sobre-vivencia, más o menos precaria, más o menos conseguida o perdida, en los demás hombres o en las ondas del universo. La inmortalidad es un don de naturaleza, una propiedad inalienable del alma humana en cuanto sustancia espiritual. Y la gracia hace la vida eterna posible a todos, a los más miserables lo mismo que a los mejor dotados. La vida eterna del alma inmortal es su unión transformante con Dios y con su vida íntima, unión que debe operarse aquí abajo incoactivamente, por el amor y la contemplación, y después de la muerte del cuerpo, de una manera definitiva y perfecta, por la visión. Porque la vida eterna comienza aquí en la tierra, y el alma del hombre vive y respira allá donde ama; y el amor, en la fe viva posee fuerza suficiente para hacer experimentar al alma del hombre la unión con Dios – *“dos naturalezas en un espíritu y amor de Dios”*.

Yo no creo que un filósofo pueda tratar de la inmortalidad del alma sin tener en cuenta los complementos que el pensamiento religioso aporta así a las respuestas, ciertas pero insuficientes, que la razón y la filosofía aisladas son capaces de dar sobre esta materia.

